

CLAVES DE MORSE*

ENRIQUE KRAUZE



Cuenta Martin Buber que el famoso rabino Bunam de Przysucha, uno de los últimos grandes maestros del jasidismo, habló así cierta vez a sus discípulos: "Pensaba escribir un libro cuyo título sería *Adán*, que habría de tratar del hombre entero. Pero luego reflexioné y decidí no escribirlo".

Algo similar me ha ocurrido. Pensaba escribir un ensayo biográfico a la manera de Henry Adams cuyo título sería, obviamente, "La educación de Richard Morse", pero decidí no escribirlo. Era más fácil bordar sobre *Adán* o el hombre entero que sobre este hombre nacido por casualidad en los Estados Unidos pero ciudadano cultural, por naturalización y naturaleza, de América Latina. ¿Cómo dar cuenta de la extrema singularidad de su vida? Todos los adjetivos que denotan excentricidad le quedan: extraño, extravagante, exaltado, exuberante, extraordinario. No es que no lo conozca. El problema es que las piezas que tengo no están completas. He optado entonces por referirme no a la educación de Richard Morse, sino a mi educación con Richard Morse.

Mi prehistoria con Morse comienza un día de 1974 cuando en la revista *Plural* de Octavio Paz leí un ensayo suyo sobre la herencia política española. Era parte de un número que Paz, con gran acierto, denominó "Nueva España entre nosotros". Como todo buen mexicano, aun siendo historiador compartía yo la fábula de que los tres siglos de dominación española eran tan sólo un paréntesis en la marcha ascendente de México a través de la historia, un trayecto que comienza con la civilización azteca, se interrumpe por 300 años, se retoma en el siglo XIX con la Independencia, vuelve a interrumpirse durante la larga dictadura de Porfirio Díaz y adquiere un rumbo definitivo a partir de 1910, en la única revolución institucional del planeta: la Revolución Mexicana.

El texto de Morse tuvo un efecto demoleedor o, más bien, revelador. Al leerlo una y otra vez, la fábula de la historia parecía invertirse: los paréntesis habían ocurrido antes y después del virreinato. Si existió una época formativa en México —y en América Latina,

* Prólogo a la edición de *Resonancias del Nuevo Mundo* de Richard M. Morse que Editorial Vuelta pondrá a circular próximamente.

por extensión— había sido justamente aquella que los mitos liberales del siglo XIX y los revolucionarios del XX habían desdeñado. La estructura política profunda del país no tenía su origen en el universo liberal y republicano que voceaban todas las constituciones del país a partir de la primera, la de 1814, ni tampoco en la inspiración de los grandes pensadores liberales o sociales sino en un padre fundador un poco más antiguo: Santo Tomás de Aquino.

La política entre nosotros, demostraba Morse, no adopta la forma de una plaza abierta donde los individuos ventilan como tales sus querellas y como tales conviven, gobiernan y son gobernados. La política neotomista que los mexicanos practicamos, o mejor dicho, habitamos, es una suerte de arquitectura "hecha para durar", no para cambiar. Todos hemos sido parte de ese cuerpo, esa entidad jerarquizada, coherente y orgánica, en la que las voluntades de los gobernantes y la colectividad tienden casi por naturaleza a armonizarse. Esta *vía antigua* de entender y ejercer la política había sido el modelo de Lucas Alamán cuyo fondo adoptó ese otro falso paréntesis llamado Porfirio Díaz, y que finalmente consagró el código legal que todavía rige la vida en México: la Constitución de 1917.

Leyendo a Morse todo caía en su sitio. La Constitución era un avatar de las Leyes de Indias; el Presidente de México, un monarca Habsburgo extraviado en el siglo XX; los intelectuales, nuevos letrados; las universidades autónomas, universidades pontificias; el PRI, un edificio corporativo con todo y sus gremios y cofradías; el sueño de Vasconcelos, una versión renovada de la evangelización franciscana; los murales de Diego Rivera, un eco de los frescos en las viejas capillas mexicanas; hasta el recóndito sentido de la frase "Revolución Institucional" parecía transparente: era el mismo diseño estático de Iberia en el siglo XVII.

Dicha así, la correspondencia entre el México colonial y el siglo XX (llamémosle revolucionario) parece esquemática. Pero lo notable del hallazgo de Morse es su fuerza interpretativa: verdaderamente explica la vida política latinoamericana o, cuando menos, la vida política en el más neotomista de nuestros países: México. Gracias a esta clave Morse, personajes tan extraños como Lázaro Cárdenas o Andrés Molina Enríquez

bajan del pedestal en el que la mistificación populista los ha colocado para volverse personas de carne y hueso con un proyecto orgánico y coherente. Sin haber leído una línea de la *Suma Teológica* —ya no digamos de la obra de Vitoria o Suárez o de aquel filósofo ginebrino que tanto admira Morse— ambos personajes centrales de la Revolución Mexicana, el político y el intelectual, compartían una misma visión arquitectónica de la política. Esta visión encarnada en instituciones, usos y abusos, es la que persiste hasta ahora en México. Para bien y para mal, Santo Tomás sigue estando entre nosotros.

Algo de esto comencé a entrever el día en que conocí a Morse. En un ruidoso restaurante de la calle de Insurgentes me resumió en ocho horas ocho siglos de historia: la suerte contraria y paralela de las dos civilizaciones de Occidente, la ibérica y la sajona. Eran las primicias de *El Espejo de Próspero* y ahora, en una elaboración más refinada, de *Resonancias del Nuevo Mundo*. Más que una historia intelectual o de las ideas, lo que Morse especulaba frente a mí era una morfología histórica que instantáneamente me recordó la sociología religiosa de Max Weber, pero que en el caso de Latinoamérica trasladaba la clave de la religión a una categoría aún más comprensiva: la cultura. Decir que la teoría me sedujo es decir muy poco: desde aquel día no puedo escuchar a México más que en la clave de Morse.

Fincamos desde entonces una amistad festiva y abierta. Planeamos juntos, en el Wilson Center, conferencias sobre temas latinoamericanos que sólo en parte se realizaron pero cuyas conjeturas, divagaciones y conclusiones me parecen plenamente aprovechables. Recuerdo uno de los temas, "El pasado utilizable". Sólo a Morse podía habérselo ocurrido esta frase que a oídos norteamericanos parece una contradicción en los términos pero que para un latinoamericano significa el principio mismo de una vida coherente. A la distancia, algunos de esos esfuerzos de Morse parecen perdidos. A mi juicio no lo están. Sé que en Brasil Morse es casi un objeto de culto y no diré que en México su fama ha llegado a esos extremos. Pero puedo atestiguar que *El Espejo de Próspero* ha agotado varias ediciones y es leído con la misma avidez que cuando apareció. Todos los que escribimos sobre la vida política mexicana somos sus deudores.

Un buen día, perdidos en su pequeño auto por las carreteras de Washington, al volante —Morse es el prototipo del profesor despistado—, me contó episodios de su historia personal. Supe hasta qué punto pertenece a una familia antigua en los Estados Unidos (sus familiares llegaron minutos después del Mayflower). Supe que nació en un hospital de nombre emblemático: Overlook Hospital. Conocí un poco la vida de su madre y su padre: ella, una belleza culta y victo-

riana de grandes pasiones que lo marcó para siempre; él, un perfil de identidad borrosa para el pequeño Dick, que desde niño enviaba poemas a los periódicos. Una ocasión me leyó la respuesta de un editor felicitándolo por sus rimas infantiles. Me conmovió tanto que le compuse el único "Limerick" que he escrito o escribiré —en inglés, por supuesto— y que comenzaba con el tono habitual: "There was once a little boy, Dicky / years before Walt Disney's Mickey..."

La lectura de los Limericks nos divertía en aquellas larguísimas tardes de otoño en su casa de Volta Place. Allí recorrió muchas veces conmigo los libros que heredó de su madre y en voz alta trataba de descifrar el legado de aquella mujer: maravillosos libros de aves, obras de Pope, Swift, y otros muchos autores de su amada Inglaterra. De pronto, Morse puso en mis manos varios números de una revista de formato pequeño: *The Nassau Lit*. Su nombre aparecía no sólo repetidamente en el índice sino en el Consejo Editorial. Había sido uno de los órganos literarios más famosos en Norteamérica y en tiempo de guerra dedicó algún número y varios artículos a América Latina. Ese fue, según creo, el primer vehículo literario en el que Morse escribió sobre el continente de sus amores.

En una vecindad de La Habana halló Morse la clave de su destino: en los viejos dominios de Iberia, las personas no son hongos o cosas o propiedad. Son personas verdaderas —*real persons*, diría él— con una dimensión comunitaria, con un *nosotros* que siempre se antepone al *yo*. Se enamoró como un loco de estos países. Escribió reportajes cultos y anecdóticos. Tradujo a García Lorca. Supo que su vida intelectual gravitaría para siempre hacia el sur. Luego de participar en la Guerra en el Pacífico, encontró una clave más: la tutoría de Frank Tannenbaum.

Si hay una biografía—puente entre nuestros países y Norteamérica es la de Tannenbaum. Se encantó con México, ensanchó su interés a toda América Latina, escribió sus *Diez claves sobre América Latina*, se desencantó de México, fundó el célebre Seminario de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Columbia, dedicó su vida al conocimiento de estos países no por romanticismo —solamente— sino por la convicción de que estaban hechos de una pasta moral distinta y, en cierta medida, mejor que la norteamericana. De sus afanes anarquistas de 1914, su amistad con Emma Goldman y su período en la cárcel, Tannenbaum desarrolló una sensibilidad peculiar para entender las caras oscuras de la vida en los Estados Unidos: el sur, las cárceles, los esclavos, los sindicatos. De allí su cercanía con la utopía social de la Revolución Mexicana y su fe kropotkiniana en la pequeña comunidad rural como el tesoro de nuestros países.

Richard Morse no compartió la vena populista de su maestro pero sí su pasión por el color y el calor

de nuestra vida. Con Tannenbaum aprendió otra clave maestra: Latinoamérica no tiene que esperar el advenimiento del futuro porque en ciertos sentidos es el futuro. Latinoamérica no es una zona de decadencia o una rama torcida de Occidente. Latinoamérica es una civilización. Si Próspero no quiere enterarse es una lástima. El monstruo pierde por los dos lados: no aprende a trascender su propia soledad, su provincianismo, y se da el lujo absurdo de desconocer a la importante población latina que ya ahora habita en sus entrañas.

Tengo para mí que la clave mayor en la vida de Morse es su mujer. Este *Founding Father* debió ver con cierto desdén atávico a los advenedizos que llegaron a su país después de 1700 y decidió darles la espalda. Lo suyo no era ya el mundo de los WASP's sino la zona del festivo nosotros: América Latina. Y ya dentro del universo latinoamericano, ¿qué mejor síntesis de la magia, la belleza, la perspicacia, la sensibilidad, la música, el lenguaje del cuerpo, que aquella joven haitiana discípula de Martha Graham, como era en aquellos años Emy? No conozco las fechas precisas ni los detalles, pero estoy seguro de que Emy y Dick se casa-

ron 12 segundos después de conocerse. Su historia en tiempos del macartismo es una de las más valientes y conmovedoras que conozco. La prefiero con mucho a la del Rey Eduardo. Morse abandonó por ella no uno sino muchos tronos académicos en varias universidades, pero ganó día con día el acceso al realismo mágico antes de que Carpentier o García Márquez lo descubrieran.

Alguien, alguna vez, quizá un latinoamericano, escribirá la historia de los norteamericanos buenos (*those unugly Americans*) que se han acercado literariamente a América Latina. Es una lista más larga de lo que imaginamos: Melville, Longfellow, Prescott, Washington Irving, Santayana, Waldo Frank, Tannenbaum, Reed, London, Beals, Katherine Anne Porter. En esa galería aparecerá Richard Morse como el hombre cuya obra nos dio ojos para ver nuestra historia y nuestra civilización en la perspectiva de los siglos. Gracias a Morse, podemos apreciar mejor nuestra particularidad y nuestro valor. Su vida es una clave intelectual y poética que nos educa para seguir siendo, nosotros, más nosotros. ❧